



Los más jóvenes compatriotas

Dice el señor alcalde de Madrid que el déficit de puestos escolares no es tan alarmante como se comenta; que lo que ocurre es que algunos quieren escolarizar hasta los niños de pecho, y que o hacemos como los rusos, entregando nuestros hijos al Estado (?), o que las mujeres se vayan a trabajar a su casa, que por lo visto es su sitio.

Está claro que dicho señor paró su reloj en un tiempo galdosiano de tertulias de casino y dominó, de chacha niña-niñera uniformada, encofada, chocolate y picatostes los domingos y mujeres de porcelana reposos de guerreros vigorosos, victoriosos en alguna cruzada mágica, más o menos santa y bendita.

Pero ya por aquel entonces, según cuentan, no era oro todo lo brillante, ni música cualquier sonido. Se decía aquello de que hoy los tiempos adelantan que es una barbaridad. Y para demostrarlo ahí estaban esas mujeres que, prime-

ro con timidez, luego con toda naturalidad, fueron llenando huecos y espacios al lado de bigotudos señores, aunque, eso sí, con derecho a silla. Privilegio que S. M, el Rey D. Alfonso XIII, a quién Dios tenga bien guardado, tuvo a bien conceder a estas pioneras del trabajo femenino. Lo de la silla se perdió, pues, por lo visto somos tan caballerosos que, al entrar en una tienda y ver a la dependienta sentada, no nos atrevemos a turbar su descanso y nos vamos sin comprar, y eso sí que no señor.

Al señor alcalde de Madrid ya se ve que no le va mal. Y puede ser que siga viendo en la mujer trabajadora de hoy, poco menos que a una de aquellas curiosas sufragistas, coléricas, snobistas, marimachos, mamarrachas. Pero la realidad no va por esos senderos, que tiene un perfil muy distinto como bien sabe la infantería ciudadana. La incorporación de la mujer al

trabajo es un hecho incuestionable en Madrid como en Pekín. Y es que, como están las cosas, pretender como antaño poseer (en el sentido no bíblico de la palabra) una mujer «sus labores» en propiedad privada es, no sólo un lujo inalcanzable para la mayoría de los ciudadanos de hoy, sino un atentado a la personalidad femenina y una provocación para la economía de cualquier nación.

Así pues, casi todos de acuerdo: Bienvenidas sean las compañeras trabajadoras. Las que comparten cada mañana con nosotros los desvencijados autobuses urbanos, las que provocan la ira de los taxistas con sus maniobras sorprendentes, siempre a toda máquina.

Bienvenidas, les dicen también los agresivos ejecutivos y hombres de empresa: Mano de obra barata y juvenil. Juventud, juventud; mientras más jóvenes mejor. Solteras, sin novio, quinceañeras; la presa

favorita de los grandes almacenes.

Claro que ese divino tesoro se va para no volver y a veces hasta algún ejecutivo, cuando no se le ve, puede que llore sin querer. Pues las jóvenes obreras creen y se casan. Y una vez casadas, muchas observan que dejar de trabajar, con el sueldo del marido, no resulta convincente y persisten en su actitud. Y, unas veces por quererlo, y otras por error u omisión, ven su familia aumentada con algún vástago, que por otra parte, es cosa de lo más natural del mundo.

Comienzan entonces los problemas, pues no hay duda de que el joven precisa de mucha atención y cuidados. Dejárselo a la abuela no siempre es posible. Vecinas desocupadas tampoco abundan en exceso. Por otro lado, dejar de trabajar, reducir los ingresos familiares en un cincuenta por ciento, aproximadamente, cuando los gastos se ven doblados por tan feliz acontecimiento, no resulta ciertamente una imagen atractiva.

La joven esposa se encuentra con problemas nuevos para los que no son válidas soluciones tradicionales, y como, por otra parte, observa que su caso no es singular, la problemática es común para muchos jóvenes matrimonios, la solución no puede depender de circunstancias particulares sino que ha de estar en una planificación general que haga frente a estas necesidades.

Inundados de ruidos agresivos, presos en espacios ínfimos —locales insalubres, superpoblados—, mal atendidos, sucios, llorosos, casi histéricos... Nuestros más jóvenes compatriotas, hijos de mujeres trabajadoras, pasan los primeros años de su vida en este país.

No hay mucho donde elegir, encontrar un hueco en una guardería infantil no es tarea fácil. Los centros oficiales que se dedican a este menester son numéricamente ridículos. Ante esta perspectiva la joven madre no puede ser muy exigente, nada exigente, en cuanto al trato que su hijo vaya a recibir.

Tras encontrar que el niño, varias veces consecutivas, regresa a casa completamente sucio, sin haber sido cambiado en todo el día, o con la comida en el canasto, porque olvidaron dársela; cosas más frecuentes de lo que pudiera parecer, la desesperada pareja no ve otra alternativa que abrir un nuevo e importante capítulo de gastos. Es necesario acudir a los centros maternos de iniciativa privada. Se supone entonces, que todo es cuestión de dinero.

Situados la mayoría en pisos o en locales comerciales, pues de comercio se trata, han aparecido últimamente atentos a la llamada de la oportunidad algunos extraños depósitos de niños. Disfrazadas sus paredes, sus nombres y su publicidad de la más ñoña mitología disneyana, los kindergarten, jardines de infancia y similares almacenan en su seno durante muchas horas a la más nueva generación española.



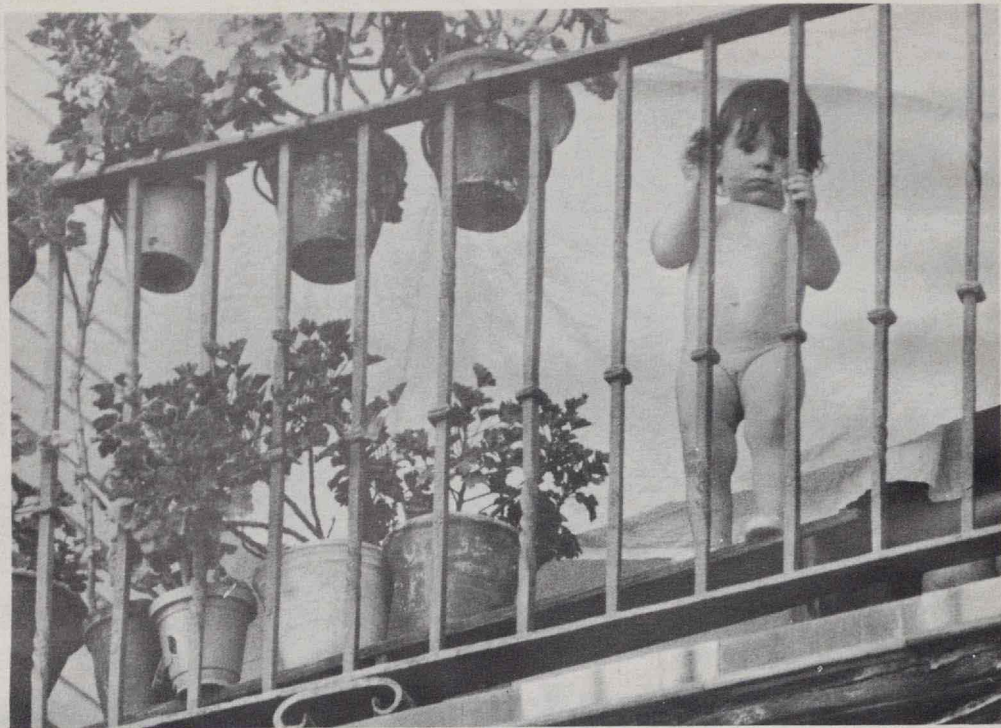
Sabido es que un negocio resulta más rentable cuanto mayor es la diferencia entre gastos e ingresos. Como de eso se trata, las direcciones de estos centros no tienen muchos escrúpulos en admitir en sus jaulas tantos alumnos como solicitudes tengan a sabiendas de que la inspección oficial no puede permitirse el lujo de ser muy exigente al respecto. Es frecuente ver mezclados en estos lugares a niños de muy diferente edad. Señoritos y señoritas de cuatro y cinco años jugando entre, por y con las cunas de sus compañeros más jóvenes. Algunos de éstos pagan las consecuencias de la agresividad que tal ambiente provoca a los mayores con algún que otro arañazo o mordisco. Todo esto ante la desesperación de las cuidadoras y encargadas, agobiadas por jornadas extenuantes y por el número de niños que las rodea durante todo el día. Porque, y

esa es otra, a la hora de reducir gastos no sólo se atiende a la economía del local, sino a la existencia de un personal imprescindible, que siempre resulta insuficiente, no especializado ni titulado, pésimamente pagado. Son personas que ante la escasez de puestos de trabajo que sufrimos se ven obligadas a aceptar cualquier empleo, aún sin contrato laboral ni derecho a Seguridad Social.

Usted, señor propietario dirá: No es posible hacerlo de otra forma. Y tiene usted toda la razón. En efecto; para ganar dinero no hay más remedio que disminuir gastos y aumentar ingresos. Y si usted, en su buena voluntad, pretendiese ofrecer unos centros y un personal idóneo, contando con un número justo de alumnos y, por supuesto, manteniendo el nivel de beneficios, los precios serían astronómicos.

Habría que preguntarse entonces por la razón de su existencia, claramente encarecedora del producto. A lo que usted respondería que sus ingresos no son tan elevados, etcétera. Que usted cumple una función social, que proporciona una atención y una enseñanza, que crea puestos de trabajo, etc., que cubre una necesidad real de la población y que tiene que tener unos beneficios, etc., que le compensen, etc., de su inversión y su dedicación, etcétera...

Y, efectivamente, sus planteamientos son de una coherencia aplastante. Los primeros en lamentar que usted cerrara su establecimiento serían sus clientes, que se verían con sus niños en la calle, y sus empleados, que se verían en la calle misma. Pero vista la necesidad de centros preescolares, no sólo por el problema laboral de las madres trabajadoras, sino por la verdadera importancia que la educación preescolar tiene, especialmente para la clase obrera que, no podemos olvidarlo, encuentra aquí la primera barrera de la selectividad, —importante laguna que va a condicionar por lo menos los primeros cursos de la E.G.B., y que, por consiguiente, serán un lastre que arrastrará durante todo su proceso educativo—, sería cuestión de plantearse seriamente la razón ética que justifica la pervivencia del negocio educativo, ya que este se da en base a una doble explotación; la de los trabajadores por un lado y la de los padres de los alumnos por otro, sin olvidar las tragedias infantiles, los traumas que se están produciendo con tan deficiente atención. No puede haber duda so-



bre la inmoralidad que supone la realidad del comercio escolar, basado en auténticas necesidades no cubiertas y hasta ignoradas de la población, se montan máquinas de hacer dinero sin cubrir siquiera estas necesidades que lo motivaron.

Interesa a las empresas con mujeres casadas proporcionar a éstas centros adecuados donde se atiendan debidamente a los hijos de sus empleadas, sin que éstos pierdan el contacto con su madre. Interesa a la Seguridad Social el crear guarderías y parvularios para los hijos de sus afiliados, que buenas cuotas que pagan. Nos interesa finalmente a toda la población, tomar conciencia del problema y exigir de las autoridades una solución justa.

La educación desde la primera edad no puede ser un privilegio de castas ni de clases. Es un derecho inalienable de todo ciudadano. La exigencia de una enseñanza gratuita desde primera hora, ha de ser bandera que agrupe tras sí a toda la población responsable. Que no se argumente para justificar la pervivencia de los centros privados la libertad de los padres de elegir co-

legio, la realidad nos demuestra que tal libertad no es sino un privilegio de los menos frente a los más.

La enseñanza preescolar se justifica, no ya como la simple guardería donde se tiene al hijo de la mujer trabajadora, es una necesidad reconocida por toda la moderna pedagogía. El pase automático del niño de su casa al colegio, para cursar el primer curso de E.G.B., trae consigo una serie de problemas de prolija enumeración. El trabajo escolar requiere de una fase previa de adaptación en la que el alumno mediante juegos y ejercicios simples adquiere un mayor desarrollo de sus actitudes psicomotrices y de su espíritu social. Esta es la tarea de los centros maternos y del parvulario. Su ausencia en la planificación educativa entorpece seriamente el proceso formativo.

La Asociación Provincial del Magisterio oficial, S.E.M., de Sevilla, da cuenta en un reciente boletín de la visita que la Comisión Permanente de la Junta Nacional de dicha asociación realizó al Director General de Ordenación Educativa. Transcribimos las palabras de di-

cho señor relativas a la enseñanza preescolar dice el citado boletín: **«Se pretende implantar el parvulario a partir de los cinco años durante el IV Plan de Desarrollo. Respecto al Jardín de infancia, el Ministerio no invertirá absolutamente ninguna cantidad, pues no puede fomentar un indirecto y solapado ataque a la familia».**

¿A qué familia se refiere el señor Director de Ordenación Educativa?

Está visto que algunos responsables de la Administración de este país continúan con el reloj parado. Mientras tanto no puede sorprender a nadie que las jóvenes parejas tomemos nuestra precauciones. Nadie se puede asombrar del temor de la joven esposa a quedar embarazada.

Queremos para nuestros hijos un país donde estén debidamente atendidos, donde puedan crecer y vivir en libertad. Mientras seguimos luchando por estos objetivos nuestras familias permanecen incompletas. Pero somos plenamente conscientes de quiénes son en realidad los que atacan contra ella.

Antonio FALCON ROMERO